

de del historiador Joséfo, demostró que los rasgos de la pintura de Gog y Magog no podían aplicarse de un modo ni aun medianamente plausible á unos pueblos nuevos y desconocidos, como eran los húngaros, cuya patria se ignoraba y cuyos nombres ni aun llegaron á saber los antiguos: y en cuanto á los pasages del Apocalipsi que se les aplicaban, hizo ver que esta aplicacion no tenia mas origen que los terrores vulgares, y que el único fundamento de ella era el término de mil años, que es indefinido, en el que, dice San Juan, que saldrá Sata-nás de su prision, y que por medio de Gog y de Magog seducirá los pueblos que están á los cuatro ángulos de la tierra. «Pero quién duda, añade, que esta profecía, llamada tan justamente Apocalipsi ó revelacion, es muy misteriosa y necesita explicarse figuradamente en muchos pasages? No conviene, pues, entender por Gog y Magog unas naciones corporales, sino el espíritu de orgullo y de destruccion que se ha suscitado contra la ciudad de Dios ó contra la Iglesia. Gog significa *el techo*, esto es, la soberbia y altivez de los heresiarcas; y Magog *lo que viene ó procede del techo*, ó sus secuaces.»

La Germania era la que estaba mas espuesta á los furios de los húngaros. En el año 912 saquearon sin ningun obstáculo la Thuringia y la Franconia, y despues talaron la Alemania, esto es, el país del Alto-Rhin, donde murieron muchos de ellos á manos de los alemanes y de los bávaros: lo que en vez de acobardarlos los estimuló á entrar á sangre y fuego en el centro de la Germania hasta lo mas interior de Sajonia. En Brema pasaron á cuchillo un número infinito de habitantes, cargaron de cadenas á los demas, degollaron á los sacerdotes al pie de los altares, quemaron las iglesias, y se mofaron de las cruces y de todo lo que estaba destinado al culto divino. Pero se le-

vantó de repente un huracan que arrebatando las maderas encendidas de las iglesias que ellos habian quemado, las llevaba á larga distancia sobre sus batallones dispersos, de modo que hallaron el castigo en sus mismos sacrilegios (1). Fueron muchísimos los que quedaron ahogados en el rio, á donde se arrojaban precipitadamente para libertarse de las llamas (917).

Otros pasaron el Rhin y se esparcieron por los reinos de Lorena y Borgoña, y aun por las provincias mas meridionales de Francia. Una ilustre y santa reclusa llamada Vibrada que vivia cerca del monasterio de San Galo, tuvo revelacion de su próxima llegada, y cuidó, en cuanto fué posible, de la seguridad de sus vecinos, pero no quiso abandonar su celda en la cual desde el momento de su consagracion habia entrado como si fuése su sepulcro (2). En efecto, murió allí de tres hachazos que la dieron aquellos enemigos del nombre cristiano (925), y es venerada como mártir. Según la predicción de la santa, no hicieron ningun daño á su discipula Richilda que estaba reclusa en una celda contigua á la suya.

En Flandes, donde estos bárbaros lo llevaban todo á sangre y fuego, los monges de Lobes salieron precipitadamente de su monasterio, en donde no dejaron mas que algunos ancianos, y fueron á atrincherarse lo mejor que pudieron á un monte inmediato, cerca de las reliquias de San Ursmaro y de San Erminio sus antiguos abades. Los húngaros cargaron de cadenas á los monges que habian quedado, y fueron con ellos á sitiár á los fugitivos. Para intimidar á los sitiados cortaron los bárbaros la cabeza á dos monges de los que tenian cautivos, y azotaron cruelmente á todos los demas. Los

(1) Adám. cap. 46.

(2) Vit. ap. Bolland. et Mabill. (1)

otros que estaban viendo este espectáculo desde sus atrincheramientos, se acobardaron en gran manera y se llenaron de consternacion en tales términos, que se les cayeron las armas de las manos cuando vieron que sus feroces enemigos corrían impetuósamente hácia su débil asilo, al que miraban ya como una defensa inútil. Entonces se abrazaron unos á otros, y esperando el momento en que iban á perecer todos, esclamaron á una voz: «Señor, compadeceos de nosotros; San Ursmaro, socorred á vuestros hijos.» En efecto, les prestó el cielo el socorro que deseaban, porque habiendo sobrevenido de repente una lluvia copiosísima, no solo quedaron inutilizados con la humedad los arcos de los sitiadores, sino que la violencia de la tempestad infundió en estos un terror pánico tan grande, que fué mayor su precipitacion en huir que la furia con que se habian presentado al combate.

En medio de esto la Austrasia y la Germania empezaban á respirar con el gobierno de unos príncipes mas dignos del imperio que los débiles descendientes de Carlo-Magno. Habiendo muerto á principios del año 912 el jóven Luis IV, rey de Germania, eligieron por rey los austrasianos el día 19 de octubre del mismo año á Conrado, duque de Franconia. Según el orden de sucesion observado hasta entonces, debia ser reconocido Carlos el Simple por rey de los franceses orientales y occidentales; pero este competidor era despreciado, y podia serlo sin ningun peligro. Los grandes se dirigieron desde luego á Oton, duque de Sajonia, el cual con un desinterés y desprendimiento poco comun se escusó, protestando que no podia encargarse del gobierno á causa de su edad avanzada, y con una generosidad mucho mas rara les aconsejó que eligiesen al duque de Franconia, diciéndoles que, sin embargo ser su enemigo

personal, era mas á propósito que él para gobernar la nacion (1). Proclamaron, pues, de comun acuerdo á Conrado, y tuvieron la felicidad de que reinase tranquilamente los siete años que vivió, correspondiendo á las esperanzas de los autores de su elevacion, y atendiendo con todo su poder, al bien del Estado y de la Iglesia.

San Rathodo, obispo de Utrecht, fué uno de los prelados que promovieron con mas utilidad sus ideas benéficas, pero reduciéndose con una delicadeza que era muy rara entonces, al orden de las cosas que concernian directamente á su ministerio (2). Por mas instancias que le hizo el príncipe para obligarle á que se emplease en el servicio del Estado, respondió constantemente que un obispo no debe tratar de los negocios del siglo, sino solo de los intereses del cielo y del cuidado de las almas; y que rogando por el rey y por el pueblo, santificándolos y exhortándolos á cumplir sus obligaciones reciprocas, serviria mucho mejor al Estado que consagrando á la politica un tiempo tan necesario á la Religion. Aunque era de una familia muy ilustre, pues descendia por línea materna del antiguo duque de Frisia, cuyo nombre llevaba, temia de tal modo las distinciones y los honores, que fué necesario obligarle á que suscribiese á los votos unánimes del clero y del pueblo que le habian elegido por prelado (899), y solo le sirvió de consuelo en esta dignidad la ocasion que se le ofrecia para abrazar la vida y el hábito monástico á ejemplo de sus predecesores San Willebrodo y San Bonifacio. Se le atribuye el don de milagros y de profecía. Su residencia ordinaria era en Deventer desde que los normandos arruinaron á Utrecht y la mayor parte de los obispados del país. Visitando la Frisia para estirpar los vestigios

(1) Ditm. Leg. 1. Supp. Reg. 911. Herm. contr. 912

(2) Act. SS. Bened. saec. 3. pag. 25.

de idolatría que aun habia en ella, acudieron tumultuariamente aquellos bárbaros para oponerse á su designio; y habiéndolos exhortado á que se convirtiesen, le respondieron con blasfemias y con amenazas furiosas, diciéndole que le quitarian la vida. Al ver esta obstinacion los maldijo, é inmediatamente les acometió una enfermedad pestilencial de cuyas resultas murieron casi todos. Un dia que estaba celebrando misa dijo á dos de los que le ayudaban, que no viviria mas que tres años y medio, y que tendria por sucesor á un jóven llamado Baudri; lo que se verificó puntualmente en el año 918.

Sigismundo, obispo de Alberstad, se distinguia en este mismo tiempo por sus talentos y virtudes, por una instruccion profunda en las ciencias divinas y humanas, y por una firmeza verdaderamente episcopal. Enrique, hijo de Oton, duque de Sajonia, se habia casado con Raterburga, viuda opulenta y muy hermosa, la cual habia tomado el velo en un monasterio. Hallándose este príncipe en la diócesis de Alberstad, le reprehendió el obispo con mucha valentía, y le prohibió que habitase con aquella muger (1). Poco despues, esto es, en el año 919, obtuvo Enrique el trono de Germania por un efecto del agradecimiento del rey Conrado, el cual, antes de morir, pagó á Oton en la persona de su hijo el oficio generoso que habia recibido de él, y logró que los grandes del reino le nombrasen por sucesor suyo, como un príncipe el mas digno de gobernarlos (2): testimonio que merece muchos elogios, porque en esta accion no tuvo menos parte la justicia que el agradecimiento. Enrique fué llamado el Pajarero, porque estaba cazando pájaros cuando le envió Conrado las insignias Re-

(1) Ditm. l. 1.
(2) Regin. ann. 919.

les por medio de su hermano Eberhardo. La elevacion de este príncipe, lejos de corromper sus costumbres, solo sirvió para acrisolarlas mas y mas. No vió Enrique en el trono otra cosa que una mayor obligacion de recomendar las leyes, y de dar ejemplo de todas las virtudes; y acordándose entonces de los consejos saludables del obispo Sigismundo, rompió los lazos que le unian con Raterburga, y estrechó otros mas religiosos y honoríficos con Matilde, que era de la casa illustre de Wittekind.

La Iglesia de España, atormentada continuamente por los musulmanes, tenia tambien muchos obispos, que con sus virtudes é ilustrado celo honraban su santo ministerio. Se hace mención especialmente de Sisenando de Compostela y de Genadio de Astorga, los cuales son venerados como santos. Vivian en el reinado de Ordoño II, que sucedió en el año 914 á su hermano García, y trasladó su córte de Oviedo á Leon, tomando el reino el nombre de esta última ciudad (a). La fama de las virtudes

(a) «El poder adquirido malamente, no suele ser duradero», dice el P. Mariana al hablar del rey don García; y con efecto, el rey don García solo tuvo tres años el reino; sin embargo, en ese tiempo supo conservar la gloria de sus mayores con las victorias que obtuvo peleando casi sin cesar contra los sarracenos. Señaló tambien su piedad con la fundacion del monasterio de San Isidoro cerca de Dueñas, de benedictinos, el que dotó con munificencia verdaderamente régia, fundándose tambien en su tiempo el monasterio de San Pedro de Arlanza, muy célebre en los siglos siguientes. El rey murió de enfermedad en Zamora el año 914, segun la mas comun cronología. Inmediatamente despues de su muerte fué proclamado su hermano don Ordoño, segundo de este nombre, y que ya reinaba en Galicia que fué la parte que le destinó su padre D. Alonso el Magno. Su reinado, excepto algunas cortas treguas, en las que se ocupó el monarca en reedificar y fortificar las ciudades de sus dominios y las que iba conquistando, y en promover el engrandecimiento y honor de la Religion, fué una campaña continua contra los moros, de los que reportó las mas cumplidas victorias, ya por sí solo, ya juntamente con D. Sancho Abarca, rey de Navarra. Despues de haber sentado su córte en Leon, consagró su propio palacio en un magnífico templo dedicado á la Santísima Virgen, al que trasladó la cátedra episcopal que

de Sisenando habia penetrado hasta la capital del mundo cristiano, y habiendo enviado el Papa Juan X un legado para que

estuviera hasta entonces fuera de los muros de la ciudad, y en dicha nueva iglesia se hizo coronar rey por el obispo en presencia de los grandes. Fué esto despues de la célebre batalla de San Esteban de Gormaz, donde fueron derrotados los dos ejércitos moros, digámoslo así; pues irritado el rey moro de Córdoba por los triunfos de Ordoño, y no creyéndose con fuerzas suficientes para vencerle pidió socorro al África de donde le vino en ayuda un ejército á las órdenes de Almotafat, ejército que junto con el del rey moro de Córdoba, ambos á las órdenes de Avolapaz fueron completamente deshechos por Don Ordoño. No fué tan afortunado este en la accion de Junquera. Fué el caso que despechado el rey moro de Córdoba Abderraman por las derrotas sufridas hizo grandes esfuerzos y reunió un numeroso ejército entró por tierras de cristianos y particularmente por Navarra y Vizcaya. Voló don Ordoño en auxilio del rey de Navarra don Sancho García por sobrenombre Abarca, que tan gran peligro corria con la irrupcion de los moros. Dióse la batalla en el valle de Junquera, peleóse de ambas partes con singular denuedo; pero al fin quedó la victoria por los moros, si bien despues en otros encuentros lograron desquitarse don Ordoño y don Sancho causándoles grandes destrozos á su regreso de la Galicia. En dicha accion de Junquera quedaron prisioneros los obispos Dulcideo de Salamanca y Hermogio de Tuy, el primero de los cuales se cree fuera aquel eclesiástico de Toledo que el rey don Alonso el Magno envió con una embajada al rey de Córdoba de cuya ciudad se llevó luego á Oviedo los santos cuerpos de san Eulogio y santa Leocricia. Tratóse del rescate de estos dos obispos, é interim le pagaban quedó en rehenes especialmente por Hermogio un sobrino de este, llamado Pelayo, muchacho de unos trece años y medio, pero tan grande en virtud y castidad que sufrió el martirio por no condescender á los impuros deseos del rey moro, quien prendado de la hermosura de Pelayo y encendido en torpe amor no perdonó caricias ni amenazas para hacerle acceder á su impura pasión. Pero el jóven Pelayo se mantuvo firme; é irritado de esta constancia el rey moro, mandó atenuzarse é hiciesen pedazos á Pelayo y le arrojaron al Guadalquivir. Sucedió este martirio un domingo á 26 de junio del año 925. Dióse á Pelayo honra como á mártir y fué puesto en el número de los Santos. Los cristianos pudieron recoger los trozos del cuerpo del santo mártir y los sepultaron en S. Ginés de Córdoba, y la cabeza en el cementerio de San Cipriano. Rosvitha, doncella de Sajonia, cantó por este mismo tiempo en verso heroico, aunque algo diferentemente, dice Mariana, la muerte del jóven mártir Pelayo. Fueron tambien célebres por este tiempo San Atilano, obispo de Zamora, y algo antes su antiguo abad y maestro San Froilan, obispo de Leon, el abad Sanzon, el bienaventurado Vintile, la mártir santa Eugenia, que padeció en Córdoba en el año 923; San Victor de Cerezo, en la Rioja, varon de ejemplar virtud y que vivió retirado en la soledad, siendo luego martirizado por los sarracenos por haber anunciado su irrupcion y hecho se previniesen los cristianos; tambien cuentan por este tiempo algunos autores B. del C., tomo XVIII.—V.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

fuese en clase de peregrino al sepulcro de Santiago, lo cual indica por lo menos en Juan decoro y apariencias de piedad, escribió al santo obispo á fin de que intercediese por él continuamente con el Apóstol á quien se daba un culto tan especial en su iglesia (1). Sisenando respondió al Papa por medio de un sacerdote que llevó tambien cartas del rey y regalos magníficos para el Pontífice. Este diputado de un obispo santo y de un rey celoso de la Religion de sus padres, fué recibido en Roma con grandes honores; y en el espacio de un año que permaneció allí tuvo muchas conferencias con los romanos acerca del rito usado en España, y conocido con el nombre de mozárabe. Luego que volvió á Galicia, dió cuenta á su obispo de lo que habia visto y aprendido en Roma. El respeto de la doctrina y tradiciones de la Iglesia romana fué causa de que al momento se celebrase en España un Concilio, en el cual se examinaron atentamente y sin preocupacion los varios puntos de cada observancia; pero hubo el consuelo de ver que estas eran igualmente conformes á la fé católica. Por tanto, no se creyó oportuno variar unos usos respetables por su antigüedad, y que podian ser útiles sin embargo de su forma particular. Solamente se determinó conformarse con el rito romano del modo mas literal en cuanto á las fórmu-

la santa Eurosia, u Orosia, muy venerada en Jaca, donde se conserva su cuerpo, y que martirizaron los moros cortándole pies y manos.
Volviendo al rey don Ordoño, además de dicha catedral de Leon, levantó otras muchas iglesias, dotó monasterios, y honró con grandes privilegios y riquezas las fundaciones de sus antepasados. Fué príncipe de gran valor, muy celoso por el honor de la Religion y de su trono, templado en las costumbres y verdadero padre de sus pueblos; mas algunos autores dicen afeó su gloria en los últimos dias de su vida, manchándose con la sangre de los condes de Castilla, aunque no faltan otros graves autores que justifican al rey, suponiendo rebeldes á aquellos desgraciados. Véase Ambrosio de Morales, lib. 15, cap. 34 y siguientes; y Mariana lib. 7, cap. 20. (N. del E.)
(1) Ambr. Moral, lib. 15, cap. 47.

las de la consagración (a). Tal era aun en los tiempos mas tenebrosos, el cuidado con que atendia la Iglesia á conservar en toda su integridad las partes mas pequeñas de una tradicion santa!

San Genadio habia pasado al obispado de Astorga desde la abadía del Bierzo (1), llamada por otro nombre San Pedro de los Montes, que era un monasterio fundado por San Fructuoso de Braga en una posesion suya á mediados del siglo séptimo, desde cuyo tiempo apenas se habia podido habitar en él; de modo que Genadio y sus monges tuvieron que romper los campos herizados de espinas y de árboles silvestres, plantar de nuevo frutales y viñas y levantar los edificios arruinados. Cuando se vió promovido á la dignidad episcopal, restableció otros muchos monasterios casi destruidos por los sarracenos, é hizo que floreciese en ellos la regularidad y el estudio de las ciencias eclesiásticas. Como los libros eran muy escasos en aquellos tiempos, principalmente en España, donde apenas habia cosa que estuviese libre del furor de los sarracenos, dispuso Genadio que sus comunidades se prestasen mutuamente los pocos volúmenes que poseían, pero con la condicion de devolverlos al monasterio que fuese dueño de

(a) De este Concilio que aquí cita Henrion no se ve ejemplar en las colecciones de los Concilios de España. El Emmo. cardinal de Aguirre, cuya erudicion, crítica y exactitud en esta parte son bien conocidas, dice únicamente que el presbítero Zanelo, ó Janelo, legado del Sumo Pontífice, examinó con todo cuidado y escrupulosidad los libros del rito mozárabe, y que habiéndolos encontrado perfectamente católicos y sin defecto ni mezcla alguna de error, tornó á Roma junto con algunos enviados españoles, donde hecha relacion al Papa y á su Concilio y examinados de nuevo aquellos libros, todos los alabaron y confirmaron con su autoridad. Esta indagacion se renovó en tiempo del Papa Alejandro II y del rey Fernando I por los años 1063 y siguientes, y entonces fué cuando se tuvieron algunos Concilios en España sobre este asunto como se dirá en su lugar. Véase Aguirre, t. 3, pág. 174; Villanúño, t. 1.º pag. 401 edit. Barcelona.

(1) Bolland. die 28 Maji.

ellos, como lo vemos por su testamento, el cual se ha conservado hasta nuestros tiempos (a). Este obispo renunció voluntariamente su dignidad y se retiró al monasterio llamado Monte del Silencio (920), para emplearse en este asilo del recogimiento en preparar la cuenta que habia de dar al Juez Supremo. De este modo las iglesias de Occidente que quedaron mas asoladas con la inundacion de los bárbaros, procuraban á lo menos poner algun dique al progreso de la ignorancia y á todos los desórdenes que traía consigo.

Al contrario, en Oriente caminaban al mismo paso hácia su fin la magestad de las leyes y la pureza de la Religion. Leon el Filósofo no cesó de deshonorar su filosofia con sus costumbres, hasta que dejó de vivir en el día 11 de mayo del año 911. Tuvo por sucesor á su hermano Alejandro, á quien habia declarado emperador estando muy próximo á morir, y á su hijo Constantino, niño de seis años, coronado en el anterior. Alejandro fué el oprobio y el escándalo del imperio en la corta duracion de su reinado que apenas pasó de un año (1). La vida afeminada y la embriaguez, los excesos de la caza, de la mesa y de las mugeres son las menores manchas con que afeó su vida. Concedió una confianza tan impía como insensata á los magos y adivinos. En una corrida de caballos que hubo de su orden en la plaza del Hipódromo, mezcló los candeleros y las tapicerías de las iglesias con los monumentos de idolatría que formaban lo demas de la decoracion. Se añade que mandó ofrecer sacrificios á sus ídolos, y que un dia dijo suspirando: «Ay de mí! Cuando los romanos adoraban estas divinidades eran invencibles.» Su muerte fué digna de su vida, pues habiendo bebido excesivamente en medio de los calores de la ca-

(a) Puede verse en Morales, lib. 15, c. 45.

(1) Post. Theoph. pag. 233.

ñeula, se puso á jugar á la pelota y le sobrevino una hemorragia, de cuyas resultas murió despues de un reinado de unos trece meses.

Todo el peso del imperio cayó enteramente sobre el jóven Constantino, llamado Porfirogénito, ya sea á causa del cuarto ó habitacion adornada de púrpura en la cual parian las emperatrices, ó ya porque habia nacido en la púrpura, esto es, de un padre que era emperador: ventaja de que carecia su colega. El jóven emperador manifestó al principio un amor muy grande á su madre Zoe, aquella emperatriz famosa por las cuartas nupcias de Leon; hizo que volviese al palacio de donde la habia arrojado Alejandro, y la confió todo el cuidado del gobierno. Pero algunos años despues se hizo dueño del corazon de Constantino el almirante Romano-Lecapeno, consiguió que este emperador se casase con su hija Elena y encerró en un monasterio á la emperatriz Zoe. En el mismo año 919 persuadió á Constantino que se le asociase al imperio, y despues asoció él mismo á sus tres hijos Cristóforo, Esteban y Constantino, de modo que Constantinopla tuvo cinco emperadores á un tiempo. Pero la familia de Romano, que habia sido elevada por la intriga, dió muy pronto en tierra á causa de los celos y de la discordia, siendo derribado el padre por su hijo, y los hermanos por la ingratitude, la cual los movió á conspirar, aunque inútilmente, contra el primer autor de su grandeza. Constantino, hijo de Leon, quedó por único emperador para hacerse mas odioso, abandonando las riendas del gobierno á su muger Elena, princesa avara que agovió á los pueblos con el peso de nuevos impuestos, y todo lo puso en venta, así las cosas sagradas como las profanas. Despues de haber reinado cuarenta y nueve años murió Constantino envenenado por su propio hijo,

Romano Lecapeno tenia otro hijo llamado Teofilacto, á quien destinó á la Silla patriarcal de Constantinopla, cuando estaba todavia en el trono: Pero siendo muy jóven Teofilacto para ocupar esta dignidad despues de la muerte del patriarca Esteban, sucesor de Nicolás el Místico, fué elegido el monge Trifon (928), á quien presentan los griegos como Santo, sin embargo de que se dice permitió, contra las reglas establecidas, que se le consagrara solamente por cierto y determinado tiempo, hasta que el principe estuviese en edad de ser patriarca: ejemplo famoso y de los mas antiguos del abuso que se condenó despues con tanto rigor bajo el nombre de *confidencia*. Despues de cerca de cinco años de posesion, se retiró Trifon al monasterio de donde le habian sacado y acabó allí sus dias. Pero no siendo decente que el depósito que se le habia confiado pasase á manos de un niño que apenas habia llegado á la pubertad, estuvo todavia vacante el patriarcado cerca de año y medio (1). En fin, el día de la Purificacion, que fué el 2 de febrero del año 953, se dió la posesion á Teofilacto, siendo de edad de diez y seis años. Luego que se vió dueño de sí mismo, se portó como debia esperarse del modo con que habia llegado á la dignidad episcopal. Era tan aficionado á la caza y á los caballos, que tuvo mas de dos mil de estos, y los mantenia con una sumptuosidad que tenia mucho de locura; pues no los alimentaba con paja y cebada, sino con dátiles, pistachos, avellanas, higos y pasas, puestas en infusion en un vino excelente con aromas esquisitos; y no contento con disipar de este modo el santo patrimonio, daba tambien por dinero las órdenes de los clérigos y las promociones de los obispos. Parecía que su única ocupacion era el cuidado de sus caballos, á todos los

(1) Anon. num. 32. Sim. Mag. 43.